

10. Seriedad de Propósito

Leemos que Daniel «se propuso en su corazón»¹ no comer de los manjares de la mesa del rey, ni beber de sus vinos. Este propósito no se formó sin la debida reflexión y oración, y una vez que tomó su postura, no se movería de ella.

Los compañeros de Daniel también se propusieron con resolución elegir lo real, lo verdadero y lo útil, en lugar de la indulgencia momentánea del apetito y el orgullo. Resolvieron que sus talentos dados por Dios no debían ser pervertidos y debilitados por la indulgencia egoísta. Respetaron su propia hombría. Mantuvieron sus ojos firmemente fijos en el bien que deseaban lograr. Determinaron hacer todo lo que estuviera en su poder para colocarse en una relación correcta con Dios; y el Señor no fue ajeno a su esfuerzo perseverante y serio.

Cuando los cuatro jóvenes hebreos recibían una educación para la corte del rey en Babilonia, no sentían que la bendición del Señor fuera un sustituto del esfuerzo exigente que se les requería. Eran diligentes en el estudio; porque discernían que, por la gracia de Dios, su destino dependía de su propia voluntad y acción. Debían poner toda su capacidad en el trabajo; y mediante una rigurosa y severa exigencia de sus facultades, debían aprovechar al máximo sus oportunidades de estudio y labor.

Mientras estos jóvenes obraban su propia salvación, Dios obraba en ellos tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad. Aquí se revelan las condiciones del éxito. Para hacer nuestra la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte. El Señor no se propone realizar por nosotros ni el querer ni el hacer. Su gracia se nos da para obrar en nosotros el querer y el hacer, pero nunca como un sustituto de nuestro esfuerzo. Nuestras almas deben ser despertadas para cooperar. El Espíritu Santo obra en nosotros para que obremos nuestra propia salvación.² Esta es la lección práctica que el Espíritu Santo se esfuerza por enseñarnos.

«porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13).

El Señor cooperará con todos los que se esfuercen seriamente por ser fieles en su servicio, como cooperó con Daniel y sus tres compañeros. Las finas cualidades mentales y un alto tono de carácter moral no son el resultado del accidente. Dios da oportunidades; el éxito depende del uso que se haga de ellas. Las aberturas de la Providencia deben discernirse rápidamente y aprovecharse con entusiasmo. Muchos podrían convertirse en hombres poderosos si, como Daniel, dependieran de Dios para obtener la gracia de ser vencedores, y para tener fuerza y eficiencia para realizar su trabajo.

Me dirijo a vosotros, jóvenes: Sed fieles. Poned el corazón en vuestro trabajo. No imitéis a nadie que sea perezoso y que preste un servicio dividido. Las acciones, a menudo repetidas, forman hábitos, y los hábitos forman el carácter. Realizad con paciencia los pequeños deberes de la vida. Mientras subestiméis la importancia de la fidelidad en los pequeños deberes, la construcción de vuestro carácter será insatisfactoria. A los ojos de la Omnipotencia, todo deber es importante. El Señor ha dicho:

«El que es fiel en lo muy poco, es fiel también en lo mucho» (Lucas 16:10).

En la vida de un verdadero cristiano no hay cosas no esenciales. Muchos que afirman ser cristianos están actuando con propósitos opuestos a los de Dios. Muchos esperan que se les presente alguna gran obra. Diariamente pierden oportunidades de mostrar su fidelidad a Dios; diariamente dejan de cumplir con todo el corazón los pequeños deberes de la vida, que les parecen poco interesantes. Mientras esperan alguna gran obra en la que puedan ejercer sus supuestos grandes talentos, y así satisfacer sus ambiciosos anhelos, su vida transcurre.

Mis queridos jóvenes amigos, haced el trabajo que tengáis más a mano. Dirigid vuestra atención a alguna línea de esfuerzo humilde a vuestro alcance. Poned mente y corazón en la realización de este trabajo. Forzad vuestros pensamientos a actuar inteligentemente sobre las cosas que podéis hacer en casa. Así os prepararéis para una mayor utilidad. Recordad que del rey Ezequías está escrito:

«En toda obra que comenzó,... la hizo de todo corazón, y prosperó» (2 Crónicas 31:21).

La capacidad de fijar los pensamientos en el trabajo que se tiene entre manos es una gran bendición. Los jóvenes temerosos de Dios deben esforzarse por cumplir sus deberes con cuidadosa consideración, manteniendo los pensamientos en el canal correcto y haciendo lo mejor que puedan. Deben reconocer sus deberes actuales y cumplirlos sin permitir que la mente divague. Este tipo de disciplina mental será útil y beneficiosa a lo largo de la vida. Aquellos que aprendan a poner pensamiento en todo lo que emprenden, por pequeña que parezca la obra, serán de utilidad en el mundo.

Queridos jóvenes, sed serios, sed perseverantes.

«Ceñid los lomos de vuestro entendimiento» (1 Pedro 1:13).

Estad firmes como Daniel, el fiel hebreo, quien se propuso en su corazón ser leal a Dios. No decepcionéis a vuestros padres y amigos. Y hay Otro a quien recordar. No decepcionéis a Aquel que os amó tanto que dio su vida para hacer posible que seáis colaboradores de Dios.

El deseo de honrar a Dios debe ser para nosotros el más poderoso de todos los motivos. Debe llevarnos a hacer todo esfuerzo por mejorar los privilegios y oportunidades que se nos brindan, para que podamos entender cómo usar sabiamente los bienes del Señor. Debe llevarnos a mantener cerebro, huesos, músculos y nervios en la condición más saludable, para que nuestra fuerza física y claridad mental nos hagan administradores fieles.

El interés egoísta, si se le da espacio para actuar, atrofia la mente y endurece el corazón; si se le permite controlar, destruye el poder moral. Luego viene la decepción. El hombre egoísta se ha divorciado de Dios y se ha vendido a búsquedas indignas. No puede ser feliz; porque no puede respetarse a sí mismo. Se ha rebajado en su propia estimación. Es un fracaso.

El verdadero éxito es dado a hombres y mujeres por el Dios que dio éxito a Daniel. Aquel que leyó el corazón de Daniel miró con agrado la pureza de los motivos de su siervo, su determinación de honrar al Señor. Aquellos que en su

vida cumplen el propósito de Dios, deben realizar un esfuerzo minucioso, aplicándose de cerca y seriamente al cumplimiento de todo lo que Él les da para hacer.

Estimado lector, ¿no se determinará usted a ser como Daniel, —un siervo leal y firme del Señor de los ejércitos? El Dios de Daniel obra poderosamente en favor de todo aquel que busca conocer y hacer su voluntad. Mediante la impartición de su Espíritu, Él fortalece todo propósito verdadero, toda noble resolución.

¹ Daniel 1:8.

² Filipenses 2:12.